

HIJO PERDIDO, NO LA CONDICIÓN DE HIJO: Arrepentimiento en Lucas 15:11-24

Por Zane C. Hodges

Lucas 15 es clásico en el Nuevo Testamento sobre el arrepentimiento. Especialmente aquí debemos encontrar la enseñanza fundamental del Nuevo Testamento sobre el arrepentimiento. Tal como vimos en el estudio de Lucas 15:1-10 (en el último número), las primeras dos parábolas del capítulo—La Oveja Perdida y La Moneda Extraviada—se refieren claramente al arrepentimiento de la persona nacida de nuevo quien se ha extraviado e ido lejos de la congregación de Dios y ha llegado a estar “perdida” en el sentido de no estar en contacto con el Señor y su pueblo.

Un Hijo antes de Arrepentirse

Pero si esto es evidente en las dos primeras parábolas, es aun más palpable en la tercera de ellas, El Hijo Pródigo. En realidad, el mismo título por el cual se conoce esta parábola en la iglesia declara el claro intento de la parábola. Es el relato de un hijo quien se ha ido lejos ¡*de su padre!* El Nuevo Testamento no insinúa sentido alguno en el que personas no regeneradas sean consideradas como “hijos de Dios.” Por lo tanto, la referencia es a un cristiano quien se ha extraviado, tal como la oveja perdida y la moneda perdida tienen exactamente la misma enseñanza.

Sobresale que aún en el país lejano donde el pródigo malgasta sus recursos, él está completamente consciente de su condición de hijo. Se nos dice: “Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de *mi padre* tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a *mi padre*, y le diré: *Padre*, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy *digno de ser llamado tu hijo*; hazme como a uno de tus jornaleros” (Lucas 15:17-19; énfasis añadido). ¿Son estas las palabras de un inconverso? De ninguna manera.

Aun después de malgastar los recursos que su padre le había dado, el Pródigo está todavía consciente por completo de que es el hijo de su padre. Él está consciente también del gran privilegio de ser un hijo, pero él siente ahora que su conducta lo hace indigno de esa posición. Él tiene la intención de decirle a su padre reducirlo al nivel de un jornalero, no porque él *no es un hijo*, sino porque él siente que “ya no soy digno *de ser llamado* tu hijo.” Escuchamos el eco de estas palabras en la agradable afirmación de I Juan 3:1, “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que *seamos llamados* hijos de Dios.” El Pródigo siente que ha caído muy bajo en el privilegio de ser llamado un hijo de su propio padre.

El Pródigo arrepentido ahora regresa a su casa y su padre le da una bienvenida incondicional, y su padre “corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó” (vs. 20). La confesión del hijo es genuina, pero él subestima la totalidad de la gracia perdonadora de su padre. Así, él no solamente dice, “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti,” pero añade también, “y ya no soy digno de ser llamado tu hijo” (vs. 21).

El padre deja a un lado tal idea, y dice, “Sacad el *mejor vestido*, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies “ (vs. 22, énfasis añadido). ¡Este *no*

es el trato para un jornalero! Y el padre también dice, “Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque *este mi hijo* muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado” (versos 23-24, letra itálica añadida). Tanto en los términos del trato al Pródigo, como por su anuncio directo, el padre proclama que el joven que regresa es su hijo.

Pero se debe notar cuidadosamente que no es en *ese mismo momento* que él llega a ser su hijo. Por lo contrario, este *mismo hijo* previo a esto había estado “muerto” y “perdido,” pero está “vivo” ahora y “hallado.” Por supuesto, estas palabras no significan que este hijo había de algún modo literalmente perdido la vida. Más bien, ellas describen el período cuando estaba separado de su padre. A nivel de la experiencia humana en esta parábola, el padre había sentido la ausencia de su hijo tan profundamente como que el muchacho hubiera *muerto*, porque él había *perdido* totalmente el contacto con su hijo. Volverse a reunir es como un regreso glorioso a la vida y un redescubrimiento gozoso de la experiencia padre-hijo compartida. Cualquier padre que ha estado separado largamente de un hijo a quien ama entrañablemente puede por completo identificarse con estas palabras.

Una Enorme Pérdida

Una vez que esta parábola ha sido entendida propiamente como aplicable a la restauración de un cristiano extraviado, las lecciones vitales saltan a la vista. Para principiar, tal como el Pródigo “desperdió sus bienes viviendo perdidamente” (verso 13), así también el cristiano descarriado desperdicia los recursos que Dios ha puesto a su disposición. El tiempo pasado fuera del contacto con Dios es una enorme pérdida de tiempo, energía, fuerza, habilidad, y oportunidad. Cuando este tipo de cristiano es restaurado al Señor, él experimenta a menudo un profundo remordimiento por lo que ha perdido durante el período de separación de Dios. Esto es especialmente verdadero cuando la separación ha durado varios años, como ocurre algunas veces. He conocido a algunos cristianos que me han expresado exactamente esta idea.

Un Profundo Sentido de Indignidad

Al regresar a Dios, especialmente después de una larga separación de Él, los cristianos arrepentidos son dados a experimentar un profundo sentido de indignidad. Puede ser que sientan que han deshonrado el nombre de cristiano y puede ser que sean demasiado conscientes de desacreditar a Dios, su Padre Celestial. Se necesita asegurar a tales cristianos de la aceptación completa y llena de gracia que Dios les extiende cuando ellos regresan. Este perdón es completo y no deben sentirse como si para siempre serán cristianos de segunda clase, como si ahora sirvieran a Dios semejantes a puros jornaleros. Más bien, se les debe animar a gozar de todos los privilegios de la posición de hijos, simbolizada por el vestido, el anillo, y el calzado.

Oportunidades Perdidas

Pero como se ve claramente en este relato, aunque el Pródigo regresa a la completa experiencia de la posición de hijo, no recibe otra vez las riquezas que él torpemente malgastó. La restauración para el cristiano extraviado es real, pero la

perdida de tiempo, potencial, y oportunidad es igualmente real. La porción de la vida de cualquier cristiano que se gasta lejos de Dios, y las recompensas que pudieron haber sido ganadas durante ese tiempo, se pierden por completo.

Un Tiempo para Regocijarse

Pero aunque todo esto es verdadero y nos hace reflexionar, esto no destruye la realidad del gozo que debe ser siempre parte del “regreso a casa” de un hijo arrepentido. La parábola nos asegura que Dios nuestro Padre *siempre* se regocija cuando uno de sus hijos viene a la casa. Y si *Él* lo hace, así debemos hacerlo *nosotros*. (Este asunto se presentará, *Deo volente*, en el próximo número.)

Ningún Fundamento para las Dudas

Finalmente, como muestra este relato, si se entiende correctamente el evangelio, el cristiano pródigo no tendrá fundamento para dudar su salvación, aun cuando él esté en el lejano país del pecado. Como el hijo Pródigo, él sabrá aún que es un hijo del Padre cuya comunión él ha abandonado. No se necesita decir, esta seguridad puede ser un incentivo poderoso para el descarriado “ir a casa.” Hace años, oí a un joven dar su testimonio en una iglesia bautista en el norte de cómo regresó a Dios después de haberse descarriado yendo muy lejos. Pero el joven nos aseguró que él siempre supo que él era cristiano porque había aprendido tocante a la salvación que “¡nada puedo hacer para ganarla y nada puedo hacer para perderla!” Si todas las iglesias enseñaran el evangelio así tan claramente, ¡ellos echarían un sólido fundamento para el regreso de más de un puñado de hijos pródigos!

Zane C. Hodges, *Grace in Focus*, Volumen 13, Número 6 (Irving, Texas: Grace Evangelical Society, 1998). Traducido por Pablo Paredes y Harold Krause, con permiso.